

darle despues de tantas aflicciones, porque le aseguraba y prometia la muerte tranquila y redentora en el seno de la Iglesia católica. Nieta, añadió, del mismo Rey que vuestra Reina, hija de soberano, soberana yo misma, pariente de los primeros monarcas del mundo, sentada un dia en el trono de Francia, y solo de Dios dependiente, héme visto diez y nueve años seguidos en cautiverio, y creo que esto basta para el rescate de mi ánima y el perdon de mis culpas. En efecto, aquellas dos décadas horribles de tormentos y de martirios, aquella prision durísima, los combates entre las esperanzas y el terror, la crueldad implacable de sus enemigos, la cercanía de la muerte, la redentora virtud del dolor, diéronle una grandeza en sus últimas horas que jamás tuviera en los placeres mas exaltados y en las felicidades mayores de su vida. Despues de haber hablado como una santa, y de haber tenido ante sus implacables jueces la serenidad sublime de una mártir dirigióse á su libro de misa que sobre la mesa estaba y extendiendo la mano en sus páginas, juró en Dios y en su conciencia, por su fe, por su salud eterna, el no haber jamás procurado ni consentido la muerte de Isabel. Uno de los presentes, con aquella barbarie y crueldad propias de los ánimos en su tiempo, le dijo que juraba sobre un libro falso, puesto que era un libro papista. María, sin arrogancia pero con grandísima entereza, le respondió, cómo aquel volúmen compendia todas sus creencias y contenia todas sus oraciones, y no le era dable jurar por aquello, en que los demás creian, sino jurar por aquello que amaba su corazon y á que asentia su conciencia. Los bárbaros, sin respeto alguno á la sublimidad de su agonía, sin consideracion á lo mucho que necesita un pobre moribundo, al acercarse á Dios y desasirse de la tierra, los auxilios de una fe profundamente sentida en las mas hondas intimidades y entrañas del alma, pusieronse á dirigirle observaciones inoportunas é irreverentes sobre la religion católica, en que iba la infeliz á morir. María se revolvió contra ellos con la superioridad que le daba lo supremo del instante y les mostró el respeto debido á la fe de quien muestra ya en las sienas el crepúsculo de la eternidad. Pero los señores ingleses, imágen fiel de su tiempo, continuaron atormentando con dichos luteranos, á la pobre católica, necesitada de toda su fe para pasar de este al otro mundo.

Eran las dos de la tarde, cuando pasaba tal escena tristísima. Los pro-

testantes, comisionados para presenciar la muerte de María, callaron á las sublimes respuestas del alma separada ya casi de su cuerpo, y retrocedieron para salir. Entonces María les detuvo y les preguntó el momento señalado para la ejecucion. Respondiéronle que se verificaria en el gran salon del piso inferior y á las ocho de la mañana siguiente. María miró el reloj con anhelo y contó los instantes que le faltaban para morir con verdadera serenidad. Y viendo por aquella rápida cuenta lo mucho que aun debia encargar á sus herederos y testamentarios para cumplir los últimos deberes de la vida, pidió la próroga de algunas horas en el cumplimiento de la sentencia. Los feroces Lores negáronsele sin piedad y María se resignó á la negativa sin esfuerzo. Salidos aquellos dos verdugos morales todos los servidores de la infeliz Reina se lanzaron á sus plantas, dando sollozos, y deshechos en lágrimas. Uno le besaba las manos, otro los piés; poníase de rodillas este y levantaba los brazos hasta su frente pidiéndole el honor de morir por ella y con ella; besaba los bordes de su traje aquel y los cubria y rociaba de lágrimas en tanto que severa la Reina, recobrado en aquel momento por la sublime paz íntima el pristino esplendor de su hermosura, con la elocuencia natural y sencillez propia en su delicada sensibilidad, hablábales para confortarlos, como si ellos hubieran de morir y ella de sobrevivirlos. Pidió, despues de calmar como pudo á su servidumbre, que adelantasen la cena, con el fin de tener á su disposicion toda la noche, para preparar las órdenes y mandas de su postrer voluntad. Comió tranquila, poco, sí, mas lo indispensable para mantener sus fuerzas y llegar sin desfallecimientos ni desmayos al horrible suplicio. Durante la cena conversó con los circunstantes sobre los empeños puestos por los Lores luteranos para convertirla de su religion y de su fe á la religion reformada. Y como el viejo y brusco señor de Kens hiciera tantos esfuerzos para impulsarla con frases irreverentes, y aun amenazas brutales á un cambio de creencias, burlóse con ironía delicadísima del rígido apóstol y del arisco apostolado, disertando largamente sobre la fuerza íntima de una fe sincera y la inutilidad é inania de una coaccion violenta en los grandes afectos religiosos. La eternidad, que sobre aquella hermosa figura extendia sus tintes misterios, y sus arreboles resplandecientes, daba tal grandeza y majestad así á sus actos como á sus palabras, que nunca, en ningun

mortal, se conoció tanto cómo purifica el dolor y cómo redime el martirio. Imaginaos que la hija de los Guisas, la cesora de Inglaterra y Escocia juntamente, primero á Francia y despues á España, la infeliz amiga de Riccio, la infiel esposa de Darnley, la viuda recién casada con Bothwell, la madre desnaturalizadísima, la Reina causante de las guerras civiles continuas, espira en su lecho, á la vejez, de muerte natural, con su corona sobre la frente y su trono bajo las plantas, imagináosla de tal suerte; y creed que hubiera pasado á la posteridad y á la historia, no ya entre los mayores, entre los mas ordinarios y vulgares delincuentes que han manchado con sus delitos la propia vida y conciencia. Pero la condena una sentencia ilegítima dada por un poder violento; la mata un verdugo sin jurisdiccion y sin legitimidad; la infaman sus enemigos ó sus rivales de siempre; la ciñe el resplandor de un cruento martirio; y pasa trasfigurada y redimida, en alas de los ángeles, como una imágen santa y sobre un altar, á los siglos.

Terminada la cena, María volvió á pedir que todos sus servidores penetraran de nuevo en la régia estancia. Su médico de cabecera, quien le habia servido la cena como un postrer honor alcanzado por su inquebrantable fidelidad, púsose á su lado con un cordial cerca, por si acaso podia desvanecerse y desmayarse á la hora suprema de tamaña tragedia. Pero María, como todos los temperamentos nerviosos, muy fuertes de suyo y muy dominadores de la propia voluntad, impuso al temor silencio, y habló sin lágrimas en los ojos, sin nudo en la garganta, sin ahogos en la palabra, cual pudiera dirigirse á su corte sumisa en los días de mayor felicidad. Tomó, pues, una copa, escanciando en ella viejo vino, y llevándosela con calma cuasi divina y con mirada de inenarrable tranquilidad á los labios, bebió en esta última cena de la muerte por la vida y por la salud perdurable de todos. Un sollozo gigantesco respondió á este suave brindis. Tal sollozo expresaba tanta lástima que hubiera partido las piedras de haber un corazon en ellas. Arrodilláronse todos á una en derredor de la pobre mártir, y dijeron esas palabras inspiradas por lo supremo de las circunstancias que no puede repetir ni aun copiar ninguna humana elocuencia, pues la palabra tiene sus límites y no llegará jamás su expresion á donde llega el amargor de una lágrima ó el resuello de un sollozo. María, mas confortada, pidió que la dejaran sola, y se puso á escribir su testamento,

Reconcentró su memoria en los cuarenta largos años de vida, que podia recordar al borde oscuro de la tumba; y evocó cuantos bienes le habian hecho los bienhechores vivos y hasta los muertos, así como cuantos deberes se hallaba en la estrecha obligacion de cumplir con todos y cada uno de ellos, ó con sus próximos é inmediatos descendientes. Aquel, á quien eligió para su testamento, es á saber, el duque de Guisa, demuestra mejor que nadie cómo María Estuardo, en medio de todas sus vacilaciones y cambios, permaneciera fiel siempre así á la religion ortodoxa de su cuna como á la religion política de su familia. Los legados, que dejaba, no podian cumplirse con facilidad en la pobreza de una prisionera, sino por medio de las rentas, á que le daba derecho la viudedad reconocida y pagada desde la muerte de Francisco II por la real casa francesa. Tuvo, pues, la Reina que dirigir una carta, en demanda solícita de tales auxilios, á su antiguo cuñado Enrique III, demostrándole como no podia sin ellos favorecer y pagar á sus mas pobres é infelices allegados.

Mientras escribiera con tanto anhelo á su cuñado, las reminiscencias de su primera juventud revolotearian á no dudarle en torno de sus sienes, aquellos jardines donde tantos galanes la esperaban amantes con la sonrisa en los labios y los sombreros de sedosos plumajes en las manos; aquellos certámenes académicos donde los acompasados versos loaban al son de las cítaras y mandolinas su gloria y su hermosura; los torneos relucientes al sol de las batallas reflejado en las áureas armaduras, por italianos artistas cinceladas; los festines brillantísimos, sobre cuyas mesas relucian las venecianas copas y los vasos áureos con sensuales y antiguas esculturas; los salones pintados por el Primatice y por el Rosso, cuyas paletas habian arrojado en las paredes y en las bóvedas tantas hermosas ninfas ebrias y tantos faunos y silvos y dioses al calor del Renacimiento revividos; todas aquellas evocaciones, en tan supremo instante naturales, debian aparecer á sus ojos mientras las campanadas, anunciando las horas de su agonía, caian de la alta torre, rebotaban en su corazon movido por los recuerdos á comparar tanto brillo, gloria tanta, grandezas antiguas, inspiraciones poéticas, los requiebros resonantes en los oidos de una Reina jóven y hermosa como abejas que zumban ó mariposas que revolotean sobre los cálices de las flores; tantas esperanzas además y

tantas ilusiones, con el calabozo estrecho, con la noche suprema, con la incesante agonía en salud, con el esbirro sombrío, con el patíbulo negro, con el tajo de madera, con la cuchilla recién afilada y con el verdugo apercebido para tronchar aquella cabeza, que había llevado la corona de los reyes en Francia y en Escocia y la corona de la belleza en todo el Universo. Eran las dos de la mañana, cuando acabó de trazar su testamento. Miró de nuevo, al concluirlo, el reloj, y recordó que solamente le quedaban ya seis horas de vida en el mundo y en el tiempo. A esta reflexión tristísima, recogió todos los papeles con cuidado y los encerró en una artística arquilla con esmero. Aquel fué ya como el acto último de su vida percedera y como el ingreso en la eternidad. Desde tal punto solo pensó la infeliz en Dios.

Cerradas bajo llave las reliquias de su vida mortal, como pudieran cerrarse los restos de su cuerpo en el ataud, María fué ya totalmente para la muerte. En seguida que se resolvió á pensar tan solo en sus últimos instantes, demandó con grandes instancias la presencia de su confesor para que constase, ya que tan tiranamente le negaban este último consuelo, con qué fervor había pedido los auxilios de la Iglesia, en cuyo seno moría y los santificadores sacramentos. Después abrió la vida de los santos, y buscó los pecadores arrepentidos á tiempo de sus culpas y perdonados por la divina misericordia. Sus ojos se fijaron pronto en la relación evangélica del Buen Ladrón, que señala indudablemente cómo ha concluido la edad terrible de la cólera divina y ha comenzado la edad misericordiosa del perdón y de la gracia. En efecto, aquella voz exhalada y oída en el momento mismo de consumarse la grande iniquidad, cuando los verdugos acaban de clavar á Cristo en el madero sobre las alturas del Gólgota, muestra y revela cómo la gracia divina puede penetrar hasta en los abismos profundos de la tierra y convertir á los últimos y más desdichados mortales en verdaderos ángeles del cielo. No pudiendo María, por la turbación de sus ojos, leer ella misma estas páginas, entrególas á una de sus azafatas, y mientras esta, con voz profundamente conmovida, las leía, levantaba ella los brazos al cielo, en demanda y súplica de ser también, como aquel mísero ladrón, perdonada. La fatiga de tantas emociones; el apresuramiento empleado para disputarle su corriente al tiempo y atajarla en lo posible, á fin de manifestar y expresar la última

voluntad, cansáronla un tanto; y necesitó dirigirse á su lecho y demandarle breves minutos de reposo. Tendióse, pues, en él, mientras sus damas, las últimas compañeras de su vida, puestas en su presencia de hinojos, cual en presencia de un altar sublime ó de una efigie sacrosanta, rezaban á una y en coro. Sus ojos tan serenos se cerraron por algunos minutos antes de cerrarse para siempre, y un ligero sueño, reparador de la vida, preparóla para el eterno sueño de la muerte. Sin embargo, en la serenidad cuasi divina de su rostro, veíase cómo se acercaba el alma interior á las serenas cumbres de la eternidad; y en el movimiento de sus labios vibrantes notábase también cómo aquí, en las riberas tristísimas del mundo, comenzaba la plegaria que iba indudablemente á continuar en los esplendores del cielo. Aquel bautizo de sangre, aquel holocausto en aras de implacables odios ofrecido, aquel martirio sublime de tal suerte redimieron á María Estuardo, que parecen las enormes faltas de su vida perpetradas adrede con ánimo de mostrar cuánto redime y eleva y santifica un alma oscura el resplandor sublime de una buena muerte. Por la eficacia del sacrificio los ángeles del cielo tañen sus cítaras de oro en torno de esta sublime agonía, mientras los severos historiadores del mundo arrojan sobre sus crímenes un perdón generoso por haberlos rescatado todos la hora suprema de su muerte. La maldición que le apercebía la posteridad se trueca en bendiciones, y los mayores poetas del Protestantismo y de la democracia, escriben dramas en loor de esta heroína de la Monarquía y del Catolicismo. Isabel, su verdugo, reina en los gabinetes de la política, en las esferas frías donde se mueve la razón de Estado, entre los hombres de gobierno; mientras María Estuardo, la víctima, reina en las imaginaciones exaltadas, en las naturalezas sensibles, en las almas tiernas, en las esferas luminosas de la poesía y del amor.

Al amanecer se levantó, y como dieran las seis en el reloj, dijo que ya solamente le quedaban dos horas de vida. Lo primero que hizo, después de levantada, fué designar el pañuelo, que debía cubrir sus ojos y el vestido con que iba por fin á presentarse delante del verdugo. Por un resto de coquetería, y para que no se desmienta el carácter ni á la hora suprema de tan extraordinaria muerte, aderezó María sus galas de difunta, cual si en vez de presentarse al verdugo sobre un patíbulo, fuera, como en los días de su juventud,